

Merece especial atención el cuerpo de Notas dado que éstas, lejos de limitarse a la función suplementaria de aclarar el texto, constituyen un material de información y consulta de interés permanente. Por su extensión, la mayor parte de ellas son verdaderos capítulos cuya utilidad, al igual que la del conjunto de la obra, se acrecienta gracias a un profuso índice analítico.

Héctor Galmés

LAS VISPERAS por JORGE ARBELECHE. Ediciones de la Banca Oriental. Montevideo. 1974. 54 págs.

Arbeleche parece en esta nueva entrega suspender toda ruptura verbal o mental para crear un verso nitido con un impulso musical y generoso.

Heredero de la lírica hispánica transformada por el neotrovarismo rioplatense, no encuentra interés en la palabra áspera y discordante o el prosaísmo vanguardista. Lo que parece una elección correctiva.

En el libro florecen expresiones a veces iluminadas por una luz puntual como: "desnudos somos profundamente exactos" o de un decir absorto como "y digo labio, pecho, nariz, hueso y aroma". No obstante este aprecio del detalle creemos notar una situación límite, una imposición de fronteras, un cierto arcaísmo voluntario. Por eso nos sentimos inclinados a bucear entre líneas una transición a nuevos campos; a esperar el nuevo margen que subyace latente en sus poemas.

C. Pellegrino

RELATOS COMPLETOS de JOSE MARIA ARGUEDAS. Editorial Losada, de Buenos Aires. Colección Biblioteca C'ésica y Contemporánea. Edición a cargo de Jorge Lafforgue. 1975. 236 págs.

Sucede a veces que los libros y la vida de sus autores son una misma cosa. Este puñado de relatos agota una de las vertientes narrativas de José María Arguedas; la otra, la de la novela, incluye por lo menos un título notable. (Los ríos profundos, 1958). Y para abarcar los sentidos de cada una de estas historias es inevitable volver a las vicencias personales de quien las ha concebido. Nacido en 1911 en los Andes peruanos, dominador del quechua antes de aprender el castellano, Arguedas convivió con las poblaciones indígenas a las que más tarde acudiría para tejer sus relatos y padeció al ingresar a la universidad en Lima la hostilidad que los costeros reservan a los serranos en sus vidas de relaciones. Con el tiempo contaría que en esa época nació en él "una gran indignación y una aguda necesidad de revelar la verdadera realidad humana del indio, totalmente diferente de la presentada por la literatura imperante".

Quizás hayan sido todos esos elementos los que han contribuido a crear en Arguedas una imagen simplista del escritor: una visión que a veces confunde a su obra con el quehacer de otros autores que se aproximaron al fenómeno indígena con las deformaciones de la cultura blanca. Sin embargo el aliento narrativo de Arguedas no se queda en el regionalismo a secas; las pautas con las que se maneja lo introducen íntimamente en los niveles éticos, afectivos, sociales, religiosos y morales de una comunidad. Esos elementos hacen que sus historias nada tengan que ver con las escaramuzas míticas de Carpentier o Vargas Llosa ni, como se ha dicho, con la narrativa de la tierra o de la ciudad elaborada por

otros latinoamericanos. Es por eso que de todos los conceptos que se han derramado sobre Arguedas el más preciso es aquel que se atreve a definir su obra como la narrativa de una raza.

Ahora este volumen (+) recurre ese complejo mundo; lo hace con un título exagerado ya que se notan algunas ausencias: por lo menos la de varios cuentos cortos aparecidos en publicaciones limeñas y que precedieron a la edición de Agua (1935) y la de El forastero, el único relato en el que ubicaba la acción fuera del Perú (Guatemala). Por encima de esos pozos de aire, por el libro circula el cotejo permanente de la narrativa arguediana; ese que enfrenta a individuo y ambiente y por el cual se descubren la realidad interior y exterior de los personajes.

Ese encuentro, fulgurante y súbito, dolorido y luminoso convierten a cada una de las historias en algo más que una peripecia física. Hay en ellas una agonía espiritual que no se conecta en ningún momento con los fuegos que hacen vibrar al escritor. Aunque la oscuridad ahogó muchos pasajes de su vida y lo empujó a buscar el balazo suicida de noviembre de 1969, aquí campea el Arguedas tierno, optimista, piadoso y rebelde. Es posible detectar en muchas de estas páginas experiencias que son verdaderas confesiones autobiográficas; en otras alcanza el alma infantil como ningún otro autor del continente. Casi siempre entregadas en primera persona.

Más allá al lector por sí solo desprenderá de los catorce relatos más de uno que logra niveles excepcionales: por ejemplo el del arpista de Diamantes y pedernales, o el del jorvencito que vive el trance sentimental de la violación de la chola de la que está enamorado en Warma Kuvay. (Amor de niño). Son los dos picos de una colección cuya esencia está en la nobleza de su material. La desprolijidad de alguno de ellos, su dispersión, la frecuente impotencia literaria del escritor para mejorarlos, son la constancia del mundo desbordante por el que transita, casi un hecho anecdótico más.

A través de todo eso, se podrá sentir muy cerca la personalidad de ese hombre conflictuado y modesto que en 1968 aclaró: "Yo no soy un aculturado: yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua". En la cruz de esos caminos está uno de los escritores más importantes y originales que haya alumbrado América Latina.

J. T.



NICK CARTER, folletín de JORGE VARLOTTA. Ilustraciones de Carlos María Federici. Equipo Editor. Buenos Aires. 1974. 112 págs.

"Nick Carter se divierte mientras el lector es asinado y yo agonizo". Quien lea las primeras líneas, aún movido por frívola curiosidad, difícilmente podrá dejar la lectura antes de llegar al suspensivo final que, según las normas del género, promete nuevos comienzos. Utilizando los recursos de las literaturas marginales (¿o marginadas?). Varlotta hecha mano a los lugares comunes y los recrea merced a extrañas alquimias, transformándolos en nada comunes y fascinantes. El lector es agredido permanentemente, pero no puede hurtarse al impulso de seguir adelante. Nick Carter, el protagonista es víctima a su vez del otro N. C. que asoma desde lo profundo hasta los límites de la conciencia y se mueve independientemente en los espejos. Es dueño de casi todo, menos de sus obsesiones. "Todo el mundo está silenciosamente gozoso, mientras siento que la vida se me va escapando, y siento unos tremendos deseos de abandonarme placenteramente a todo aquello, de participar gozosamente de mi propio exterminio".

Héctor Galmés